

Y a el aliento vital del casto Esposo,
El aliento sin fin arrojó al cielo, y
Perdiendo así María el amoroso
José que daba á su dolor consuelo,
Sola de hoy más, de su Jesús glorioso,
Llegar el fin verá con desconsuelo,
Sin tener ya quien su dolor dividiera,
Pues la madre sin vida

CANTO SEXTO

Allí en las aguas del Jordán ameno
Jesús la palabra

SEXTA PALABRA

Ministrado por Juan, El Nazareno
Vinum non habent
No tienen vino.
(SAN JUAN, cap. II, v. 3).
Descendió el inundo pagano
Que adorara en sus bárbaras costumbres
Astros y bestias, plantas y legumbres.

* *

Cerca de cuatro lustros han corrido
Desde la vez que la ansiedad materna
Hubo llorado á su Jesús perdido;
Y de entónces acá la Madre tierna
Entre dichas y penas ha vivido,
Presu su pecho de inquietud interna;
Porque mira llegar aciago el día
Que el anciano marcó en su Profecía.

Oh Madre infortunada! Qué has hecho Tu en el mundo?
¿A quién tiene agostado tu corazón sin tiel?
Para que así el quebranto te persiga iticando
A Ti que eres la dicha y la salud del mundo
Y cuyo dulce acento mas dulce es que la miel?

Oh Madre sin ventura! Pádeses generosa
Por libértar al hombre del yugo de Satan.
Tu recompensa sea, mi Virgen bondadosa,
La salvación que tu Hijo concede venturosa
A la malicia raxa del pecador Adán.

Oh Madre infortunada! Tu amor hazlo claudicante,
A fin que enloquecido no mires tu dolor,
Que á tu Jesús divino, Señor Omnipotente,
Presuroso le busque el corazón ardiente
Con el alán materno que le pasó tu amor.

Y cerca de cuatro lustros han corrido

Ya el aliento vital del casto Esposo,
 El aliento sin fin atrajo al cielo,
 Perdiendo así María al amoroso
 José que daba á su dolor consuelo.
 Sola de hoy más, de su Jesus glorioso
 Llegar el fin verá con desconsuelo,
 Sin tener ya quien su dolor divida,
 Pues la mitad de su alma está sin vida.

Allá en las aguas del Jordan ameno
 Jesus ha recibido ya el bautismo
 Ministrado por Juan. El Nazareno
 La base asienta ya del cristianismo
 Predicando su ley; y pronto al cieno
 Descenderá el inmundo paganismo
 Que adorara en sus bárbaras costumbres
 Astros y béstias, plantas y legumbres.

Magnífico, esplendente, soberano,
 Ya el lábaro evangélico se ostenta
 Para ser pronto enseña del cristiano:
 Ya del Cristo la voz nos representa
 En cada hombre hijo suyo un nuevo hermano,
 Enseñando que el Padre tendrá en cuenta
 El perdon concedido al enemigo,
 Y el mendrugo de pan dado al mendigo.

Todo se acerca; mas la triste historia,
 ¡Oh María! del Gólgota sangriento
 No es la que evoca ahora mi memoria,
 Para enarrarla lúgubre mi acento;
 Vuelvo, pues, á engolfarme en la alta gloria
 De tus SIETE PALABRAS; y contento
 A la SEXTA mi canto ya consagro
 Que pidió á tu Hijo su *Primer milagro*.

Es Caná de Galilea,
 Junto á Nazareth situada
 Y entre verdura engastada,
 Una pintoresca aldea.

De humildes alrededores,
 De pequeño caserío,
 De muy modesto atavío
 Y de pobres moradores.

Mas aunque inspiren desden
 Esas pequeñeces todas,
 Celébranse allí unas bodas
 Asáz humildes tambien.

Porque en ellas no circula
 Ningun manjar soberano,
 De los que al César romano
 Apénas sacian la gula.

Ni se oyen allí chocar
 Con fino timbre sonoro,
 Los vasos y copas de oro
 Del festin de Baltasar.

Ménos aún los perfumados
 Rocíos llover se hacian
 Sobre los que allí asistian
 A las Bodas convidados.

Ni la estancia sin aroma
 De oro en polvo está regada,
 Como la arena dorada
 En los festines de Roma.

Allí no hay gritos agudos
 Por amorosas disputas
 De mujeres disolutas
 Con escándalos desnudos.

Ni diges y muebles raros
 Donde se ven relucir
 El rico metal de Ophir
 Y el bello mármol de Paros.

Ni se ostenta red sutil
 De purpúreos pabellones
 Enlazados por cordones
 Y anillos de oro y marfil.

No! no era aquello en verdad
 Ni un remedo el más ligeró
 Del necio festin que Assuero
 Le diera á su vanidad.

Porque todo era pobreza,
 Modestia noble, lisura,
 Sencillez y humildad pura
 Sin tocar á la bajeza. ⁽¹¹⁾

—Y con todo; sin segundo
Un tesoro allí brillaba
Que á igualarlo no bastaba
La vil riqueza del mundo!

Ni el sol convertido en oro,
Ni en diamantes las estrellas,
Ni la mar en perlas bellas,
Igualaban tal tesoro.

Por él en grata armonía
Allí tomaban asiento
La dicha, paz y contento,
La quietud y la alegría.

Así, á contar desde Adan,
Las generaciones todas,
Iguales á aquellas Bodas
No las vieron ni verán.

Porque allí Jesus estaba
Con la preciosa María,
Convidados ese día
Por quien el festin formaba. (12)

Así al uno y otro esposo
Nada faltaba á su anhelo,
Teniendo del alto cielo
Y tierra lo más hermoso!

Empero María nota,
Pues tierna de todo cuida,
Que durante la comida
Del todo el vino se agota.

Entónces á su divino
Hijo, con voz cariñosa
Y con intencion piadosa,
Le dice:—“*No tienen vino.*”

Y desde entónces generosa y pía
Soltó de su clemencia los raudales
De amorosa piedad que amante envía
En el duelo menor á los mortales.

Y á la par de Jesus su Hijo querido
 Su ternura revela en lo que apreciaba
 Al que humilde, paciente y desvalido
 Ingrato el mundo en su altivez desprecia.

—Dichosa union ante Jesus formada ;
 Con su santa presencia bendecida ;
 Por la pura María purificada
 Y por el Hijo y Madre ennoblecida!

Las bodas de Jacob, Boos y Tobías,
 Unidos á Raquel, á Ruth y Zara,
 De espléndidas se tornan en umbrías
 Ante las Bodas que Caná abrigara,

De hoy más serás, clemente Nazarena,
 La intercesora Tú del mísero hombre.
 Miel deliciosa, endulzará su pena
 La magia sola de tu Dulce Nombre.

Nada importa que á ingratos los mortales
 De vil corteza mires revestidos,
 Que así endulza la abeja sus panales
 Aunque en agreste roca estén metidos.

Y su miel incitante por libarse,
 De la que están sus alveolos llenos,
 Para sus hijos guarda sin cuidarse
 De si malos serán ó serán buenos.
 Así con sus designios bienhechores,
 La Suma Prevision, que no se engaña,
 Su miel arroja al cáliz de las flores
 Y entre las fibras de la verde caña.



¡Celeste Emperatriz! el hombre ciego
 Transitaba del mundo en la aspereza
 Sin ver á dónde dirigir su ruego.
 Mas de pronto le alumbró en su tristeza
 De tu amor sempiterno el sacro fuego,
 Y entonces se dirige á tu ternura ;
 Pues si pides para él sin que te pida
 Qué no harás cuando en Tí busque acogida.....?

Ya te miró Caná de intercesora
Del mísero mortal necesitado;
Allí espontáneo el fuego que atesora
De amor tu corazón raudo ha brotado.
Siga su curso, peregrina Aurora,
De tus bondades el raudal sagrado,
Hasta que en Tí y en tu Hijo nos hallémos,
Y en la boda eternal nos asentémos.

CANTO SETIMO

SETIMA PALABRA

Quodcumque dixerit vobis, facite.
Haced cuanto él os dijere.

(SAN JUAN, cap. II, v. 6).

Inculto y tosco mi mundano acento
Indigno de ensalzarte, Reina mía,
Ya más que nunca expresa el sentimiento
Que el corazón á la palabra envía.
Concluye mi cantar, y mi contento
Con él acabará, bella María;
Porque al dejar tu nombre sacrosanto
Mi gozo espira al espirar mi canto.

Como se deja la feráz pradera
 Que fecundan arroyos bullidores,
 Ostentando el conjunto placentera
 De aromas, brillo, aljófares y flores,
 Para escalar despues triste ladera
 Erizada de abrojos punzadores :
 Así con pena la palabra mia
 Va á terminar su elogio á mi MARIA.

Ménos padece el corazon doliente
 Si pasa del sarao cadencioso
 Al estridor de la pelea inclemente :
 Ménos sufre si deja el primoroso
 Bosque y penetra al arenal ardiente
 Cuando llega al zenit el sol radioso ;
 Pues todo es dicha en cambio al sentimiento
 Que tu nombre al dejar triste yo siento.

Para mí pronunciarlo es más encanto
 Que gustar de la miel apetitosa ;
 Que oír de la ave el primoroso canto ;
 Que deleitarme en música armoniosa
 Resonando en el templo sacrosanto ;
 Que escuchar la armonía misteriosa
 Que entre el rosal, el lirio y la centaura
 Nos dan la brisa, el céfiro y el aura.

Es habitar en delicioso huerto
 De ópimos frutos de carmin teñidos ;
 Es perenne escuchar dulce concierto
 Embeleso del alma y los oídos ;
 Es un bello soñar asáz despierto ;
 Es regalar de nuevo los sentidos
 Con los besos, halagos y cariño
 De mi madre adorada allá de niño . . .

Perdona, pues, ¡oh Reina Soberana!
 En gracia del dolor que le domina
 Al que mundano vil quizá profana
 De tu esplendor la majestad divina.
 Mi voz humilde al espirar cercana
 De tus palabras el cantar termina ;
 Y pues la última toca ya mi canto
 Siga conmigo tu prestigio santo.

*

* *

Despues que la Virgen Madre
 Anunció al Dios humanado
 Haberse el vino acabado,
 Jesus dijo en débil voz :
 —“Mujer, y qué nos importa
 “A tí y á mí si no ignora
 “Tu sér que aun no llega mi hora
 “Por más que venga veloz.”

Tal respuesta misteriosa
 No desalienta á María
 Aunque aquella en demasía
 Fué severa al parecer.
 Porque la Virgen penetra
 Con su inteligencia pura
 Lo que la respuesta dura
 De Jesus le dá á entender.

Antes bien, ígnea lumbrera
 De la fé más encendida,
 Pues de ella fué la escogida
 Bellísima Emperatriz,
 Tornando los ojos bellos,
 Espejos limpios de su alma,
 Miró con tranquila calma
 La servidumbre feliz.

Y dirigiéndole tierna
 La palabra encantadora,
 Más melódica y sonora
 Que las arpas de Sion,
 “*Haced cuanto él os dijere,*”
 A los sirvientes les dijo,
 Indicando al hermoso Hijo
 Señor de su corazón.

Y como hubiera seis ánforas
 Que para el agua servian,
 Pero que limpias yacian
 En apartado lugar,
 Jesus hizo trasladarlas
 A do están los convidados,
 Y en seguida á los criados
 De agua las mandó llenar.

Tres cántaros ó *metretas* (13)
 Cabian casi en cada una,
 Y sin olvidar ninguna
 En las seis agua se echó;
 Y rebosando hasta el borde
 El líquido cristalino,
 En rico, fragante vino
 Al punto se trasformó...!

Así fué el primer milagro
 Precursor de mil prodigios,
 Que alumbraron los vestigios
 De la Alta Divinidad;
 Milagro por Jesus hecho
 Ante la Madre que ruega,
 Y á cuyo acento doblega
 Todo un Dios su voluntad...!

—María! el hombre te ultraja
 Cuando en su penar profundo
 Se juzga solo en el mundo
 Sin alivio á su dolor;
 Pues ingrato echa en olvido
 Que tiene en su duelo intenso
 A un Dios de poder inmenso
 Y á Tí de infinito amor.

Ménos ingrata aunque inerte
 La primula delicada,
 Por el cierzo destrozada
 Y el invierno asolador;
 Sus flores rompiendo escarchas
 Buscan á la Primavera,
 Cuando viene placentera
 Con su astro deslumbrador.

Bien que para dicha nuestra
 María, aunque á Tí no acuda,
 El hombre, espontánea ayuda
 Le dá tu solicitud;
 E indolente así camina
 Por la tierra infortunada,
 Porque en Tí ve asegurada
 Su dicha, paz y salud.

¡María! puro santuario
 Donde por dicha se encierra
 El bálsamo de la tierra
 Con la bondad del Señor:
 ¡María! que ese tu anhelo
 Para el mundo no se agote,
 Sino que espontáneo brote
 En grato curso de amor.

Y Tú, gran Dios, cuyo mirar radiante
 Encendió al sol, la luna y las estrellas
 Cuando al mundo formaste; Tú que amante
 Alfombra diste al suelo de mil bellas
 Flores carmíneas, y á la mar pujante,
 En número infinito como aquellas,
 Peces que surcan el ignoto seno,
 Y dijiste de todo "*que era bueno.*"

Tú que al espacio trinadoras aves
 Le dió tu voluntad, y á los revueltos
 Bosques y selvas cuyas quiebras sabes
 Cuadrúpedos sin fin que vagan sueltos;
 Poniendo á tu obra colosal las claves
 Formando al hombre y la mujer esbeltos;
 Y que todo "*era bueno*" también viste,
 Y de tu obra contento lo dijiste:

¿Qué flamígera luz cruzó tu mente?
 ¿Qué divo pensamiento brotaria
 De tu Sér poderoso é indeficiente
 Cuando viste formada á mi MARIA?
 ¿Qué pronunció tu labio prepotente
 Ante la que iba á ser tu Madre un día?
 ¡Conocer quiero tus palabras bellas
 Para cantar á mi MARIA con ellas!

No puede ¡oh Reina! mundanal lenguaje,
 Ménoa aún el de mi inculto acento,
 Ni la fimbria ensalzar de tu ropaje;
 De hoy más por eso reverente intento,
 Al rendirte amoroso mi homenaje,
 Tener por Norte el singular portento
 De tus SIETE PALABRAS celestiales,
 Pléyades que dan luz á los mortales.

Ellas harán que en mi dolor extremo
 Tu Cántico mi labio nunca olvide,
 Por ser divino talisman Supremo
 Que al bien nos lleva y nuestro mal impide:
Ellas harán que á quien adoro y temo,
 Jesus mi Dios, de no perderlo cuide,
 Recordándome siempre que buscarlo
 Debo cual Tú, mi Reina, hasta encontrarlo.

Ellas me enseñarán á ser esclavo
 De la Alta voluntad, y tambien *ellas*
 De la fé y humildad que en Tí yo alabo
 Harán que siga las celestes huellas;
 Y cuando mústio mi cantar acabo,
 Mis negras horas tornarán en bellas.
 Pues triste ya no canta la voz mia
 ¡A mi REINA, á mi MADRE, á mi MARIA...!!!

